VII.

EL CRISTO DIOS-HOMBRE CONVERSANDO CON LOS HOMBRES, PRUEBA DE SU DIVINIDAD.

La Divinidad de Jesucristo es potente. No faltan mas que ojos bastante despiertos y puros para verla.

Sus pruebas se desarrollan, diversificándose, en la prolongacion de los siglos, antes, durante y despues de su aparicion en la tierra. Son plenísimas; porque consisten en prodigios. Son indispensables: son hechos que ocupan todos los tiempos. Son como las hazañas ó proezas de Dios, en la naturaleza y en la historia, designando á Jesucristo á nuestra fé. No es posible ver en ellas una sorpresa de la credulidad. Osténtanse en bastante ancho espacio; hallánse suficientemente entregadas á la contradiccion para que se sepa á que atenerse. Pues bien, cuanto mas se las esperimenta, mas resisten; cuanto á mayor distancia nos ponemos para verlas en su conjunto, mas se agrandan; cuanto mas nos aproximamos para examinarlas en detalle, mas se confirman; cuanto mas luz y buena fé llevamos á ellas, mas encontramos la verdad. Son de todas clases como convenia á su objeto; históricas, filosóficas, científicas, doctrinales, morales, sociales; y cuando se han agotado todos sus sujetos esteriores de observacion, queda todavía un campo y todo un mundo en que ellas nos esperan y en que solo somos sordos á su llamamiento porque sabemos bien que seríamos vencidos: el campo interior de nuestra

alma se halla en pugna con el mismo Jesucristo y en él con Dios.

Pues bien, de tantas pruebas como vamos á buscar alrededor y lejos de Jesucristo, no hay ninguna que me parezca tan fuerte, tan perentoria é irrefutable como la en que menos se piensa, y que por mi cuenta, no he encontrado aun en ninguna parte.

Esta prueba es el mismo Jesucristo.

No hablo de la prueba moral sacada de su fisonomía, de su carácter, de su incomparable belleza; por arrebatadora que sea es una prueba de impresion, y hasta cierto punto de camparacion que depende del sentido moral, diverso en cada uno de nosotros, á la que, no obstante, ha sucumbido la impiedad de nuestros dias en su produccion mas atrevida. La prueba de que hablo es lógica, rigurosamente lógica, matemática; y por otra parte tan sencilla, que á fuerza de su sencillez no ha sido notada, sí no me equivoco, hasta aquí.

¡Cosa estraña! todavia se pregunta si Jesucristo es Dios. ¿Pero se ha pensado bien en ello? ¿No se ve que la cuestion misma lleva en sí la afirmacion, que equivale á la de saber si Dios es Dios, y se reduce á una ecuacion, mas aun, á una identidad?

En efecto:

Hay que encontrar una relacion entre dos términos: uno de los cuales seria Jesucristo y el otro Dios. Suponese, por consiguiente, que tenemos por una parte la idea de Jesucristo y por otra, la idea de Dios: distintas la una de la otra en su integridad.

Pero esto es una ilusion. Estas dos ideas son inseparables en el fondo de nuestro espíritu. Entran una en la otra y salen la una de la otra. Y aun nos formamos mas fácilmente la idea de Dios sobre la de Jesucristo que la idea de Jesucristo sobre la de Dios.

¿De dónde proviene, en efecto, esta perfeccion, esta concepcion de Dios, cuya relacion ponemos con Jesucristo en cuestion?

Del mismo Jesucristo, de solo Jesucristo.

Compréndase bien. No digo que la razon no pueda llegar naturalmente á alcanzar cierta idea de Dios, de su existencia, y aun de sus perfecciones, en cuanto pueden conocerse por el testimonio de sus obras. Pero digo que, bien sea en sublimidad, bien en estension, bien en solidez en el espíritu humano, esta idea es infinitamente menor que la que tenemos de Jesucristo, y que sacamos de El. El es su descubrimiento, que por esto llamamos REVELACION. Y por una ilusion, efecto del hábito, en vez de referirla á Jesucristo, á quien únicamente la debemos, nos la apropiamos hasta oponérsela. La prueba de ello es todo el mundo antiguo, en que faltaba completamente esta grande idea, y en que aun la idea natural de Dios habia naufragado. La única escepcion del pueblo Judío confirma doblemente esta observacion: en primer lugar, porque esta escepcion tenia por objeto á Jesucristo, que debia venir; y en segundo lugar, porque ella misma fue superada por la idea de Dios, que trajo al mundo Jesucristo. «Una alta nocion de la »Divinidad que no debió al Judaismo, y que parece haber sido »*completamente creacion de su grande alma*, fue en cierto »modo el principio de toda su fuerza,» dice exactamente á su manera M. Renan (1).

Pues bien, ¿por qué idea de Dios graduamos á Jesucristo cuando nos preguntamos si es Dios? Evidentemente por la idea cristiana. Pues si fuera por la simple idea natural de Dios, el argumento seria tanto mas fuerte, puesto que Jesucristo la supera.

No podemos, sin embargo, sacar de aquí aun la consecuencia absoluta de que Jesucristo es Dios.

(1) *Vida de Jesus.*

Podria ser, en efecto, que Jesucristo solo hubiera sido el *inventor* de esta grande idea de Dios, que ella hubiera sido tan solo *una creacion de su grande alma*, y que por grande que sea El mismo, permaneciera siendo distinto de ella.

Pero, sin hablar de la declaracion contraria de Jesucristo, que debe tener la misma autoridad que esta creacion, dicha hipótesis en sí misma queda destruida tan pronto como se forma.

La nocion de Dios que debemos á Jesucristo no es una doctrina separada de su persona. Es su Persona misma. El forma parte integrante de ella; y es su misma manifestacion. Esta nocion se apoya, en efecto, enteramente en que El es *Hijo de Dios*, igual bajo este concepto, á su Padre, con quien no forma mas que *uno* por la Divinidad, *uno* en la Trinidad, *uno* en la Creacion, *uno* en la Redencion; tres principales misterios de que se compone, por decirlo así, la idea contraria de Dios, y que reclaman á Jesucristo. Esta idea de Dios no es tan grande sino porque la realza Jesucristo, sino porque siendo Dios el mismo, da á la Paternidad de Dios por el homenaje que le rinde en su humanidad, un valor infinito. Por la grandeza del Hijo inmolado, graduamos la grandeza del Padre; su Justicia, su Santidad, su Amor, su Poder, su Sabiduría: á Dios, en fin.

Esta es la Doctrina misma de Dios, tal como la concebimos segun Jesucristo, y esta doctrina no se sostiene, esta sublime nocion de Dios se desvanece, si se quita de ella la Divinidad absoluta de Jesucristo.

Asi, pues, á menos de repudiar esta nocion de Dios, Jesucristo es Dios.

Este argumento, en su brevedad y en su concentracion, es invencible.

Pero no es solamente un argumento; es un hecho.

En todo tiempo han sido solidarios Jesucristo y Dios. En los tiempos antiguos, el único pueblo que haya conservado el

conocimiento de Dios es el único tambien que creyo en Jesucristo. En los tiempos cristianos todas las herejías que se han desviado de la fe en Jesucristo, han girado á la descomposicion de la idea de Dios. En la gran crísis de impiedad filosófica en que hemos entrado desde hace ciento cincuenta años, el deismo parece haberse prolongado algun tiempo despues de la pérdida de la fe en Jesucristo, pero la ha seguido en breve en su crepúsculo. En el dia sabemos, por lo demás, lo que es de ella: sin Cristo, sin Dios, *sine Christo, sine Deo, in hoc mundo* (1). Esto es fatal.

La impiedad de los últimos tiempos nos ha dado, respecto á esto, un curioso espectáculo. Ha procedido contra Jesucristo, suprimiendo completamente lo sobrenatural, es decir, á Dios. Y apareciendo Dios aun en Jesucristo histórico, le ha atacado en él, como en su última trinchera. De esta suerte ha demostrado contra sí misma, que Dios y Jesus se hallan de tal suerte enlazados en el espíritu humano y en la verdad, que para negar que Jesus sea Dios, es necesario suprimir á Dios, y que para suprimir á Dios, es preciso atacarle en Jesus como en él mismo. Es necesario atacar al Hijo en el Padre, y al Padre en el Hijo; tan cierta es, por la táctica misma de la impiedad, esta gran palabra de Jesucristo; «El Padre está en mí; y yó en el Padre; el Padre y yó no somos mas que UNO (2).»

Y sin embargo, demolido de esta suerte al carácter de Dios (por lo menos lisonjeábanse de haberlo conseguido) en las obras y las afirmaciones históricas de Jesucristo, que oponia invencible resistencia en su figura moral y doctrinal, se le ha trasplantado al Panteismo, y se ha hecho de él la Humanidad Dios. *Ya no se hará distincion entre él y Dios*, ha sido forzoso decir. Es verdad. La única cuestion es saber en

(1) *A los Efesios*, II, 12.
(2) San Juan, X, 30.

beneficio de quien es Dios Jesucristo: si es en beneficio del panteismo ó del teismo, en beneficio de la mentira ó de la verdad, en beneficio de la soberanía del Hombre ó de la de Dios, del reinado del mal ó del reinado del bien. Pero en cuanto á que sea Dios, es imposible, no reconocerlo aun á la mas osada impiedad, y por ello se hallan empeñadas en El todas las cuestiones de vida ó de muerte que se disputan en este momento las sociedades humanas.

¿De dónde proviene pues que tantos espíritus que no están por el reinado del mal, están como neutrales en esta gran cuestion? ¿Se habran convencido de la negativa! Seguramente no. ¿Están dudosos? Tampoco, si se entiende por esto una duda de exámen, de reflexion y de razon. Pero se hallan en una duda de soñolencia respecto de la fé, de la moralidad y de la razon.

Tal es el estado general de nuestra triste época. La perdida de la fé práctica en Jesucristo ha producido como una paralisis de la fé doctrinal, que se ha estendido á todas las actividades y aun á todas las facultades de la inteligencia y de la voluntad. En tal estado, se duda de todo y no se duda de nada.

Pero esto mismo es una prueba mas de la divinidad de Jesucristo; EL es la luz y no luce sino á proporcion que se le sigue.

Pero Jesucristo no es Dios únicamente; es hombre, y he aquí la prueba. Su humanidad hace sombra á su Divinidad. ¿Cómo creer, en efecto, que haya aparecido el mismo Dios en medio de nosotros como un simple mortal, enteramente como un hombre; que haya nacido de una mujer; que haya crecido en edad y en saber como un niño en la oscuridad de una humilde condicion; que habiendo llegado á la edad viril, haya tomado parte en la vida comun, acompañado de su madre y de sus parientes; que haya tenido hambre y sed, y conocido la

fatiga, la tristeza, los sudores, las lágrimas; que verdaderamente hombre entre nosotros, haya con voz humana conversado, discutido, enseñado; finalmente, que perseguido y llevado ante los tribunales, haya sido condenado por jueces y haya muerto ajusticiado en un patíbulo? Evidentemente no es mas que un hombre; ¡tanto es hombre!

Es cierto que Dios, debiendo revestirse con nuestra naturaleza y hacerse hombre para ponerse en relacion con los hombres, por todas las razones que ya hemos dado, no podia ser demasiadamente hombre; pues debia ser el hombre verdadero, el hombre mismo. Esta era la perfeccion de su designio considerado por esta parte. ¿Cómo hubiera podido tratar humanamente sin esto? ¿Cómo hubiera podido darnos el ejemplo de todas las virtudes que debemos practicar en nuestra condicion, si no hubiera tomado, si no hubiera vaciado en cierto modo su santidad en un molde humano? ¿Cómo hubiera podido ser víctima por nuestros pecados si no hubiera pasado por todas nuestras pruebas, si no hubiera sido, no solamente hombre, sino hombre de dolor, y si al mostrarse á la humanidad en tal estado, no se hubiera podido decir: ¡HÉ AQUÍ AL HOMBRE! El fin requeria un medio de la misma naturaleza: la humanidad.

Pero, hé aquí que esta humanidad de Jesucristo prueba de nuestra fe en su divinidad, llega á ser su mayor prueba.

¿Cómo, en efecto, siendo hombre pudo hacer creer que era Dios, nótese bien, sin rebajar la idea de Dios, sino llevándola, por lo contrario, á su colmo? Solo el Dios verdadero ha podido descender á esta ínfima condicion de hombre, á que se redujo el Crucificado, no solamente sin perder, sino haciendo brillar á los ojos del mundo entero todos sus atributos, y revelándose alli mas que en la Naturaleza y en las mas elevadas concepciones del hombre.

»No hay Dios en el cielo, decia con gran juicio Napoleon,

»si ha podido cometer y ejecutar *un hombre* con buen éxito el »designio gigantesco de atraer á sí el culto supremo, usur»pando el nombre de Dios. Y Jesus es el único que lo haya »*osado*, el único que haya dicho claramente, no ya: *Soy un* »*Dios*, sino: *Soy* Dios (1).»

Esto es tanto mas cierto, no lo olvidemos, cuanto que Jesus era mas hombre, y que el Dios que revelo es mas Dios. Toda la fuerza de la prueba está aquí en razon de los estremos, de tal suerte que cuanto mas puede decirse de él: HE AQUI AL HOMBRE, mas se debe concluir: HE AQUI Á DIOS.

Pero aun hay mas.

El lenguaje de Napoleon, resintiéndose de su carácter, es forzado. Presta á Jesucristo un carácter de ambicion y de audacia que solo conviene al hombre, y que no conviene á Aquel que siendo verdaderamente Dios por sí mismo y el Omnipotente, no ha tenido que preocuparse del éxito. Jesucristo no ha *osado*.

Lo contrario es lo cierto; y esta es todavía una de las pruebas mas convincentes, y al mismo tiempo, mas conmovedoras de la divinidad de Jesucristo.

Ademas de que, si no hubiera sido Dios, habria tomado, viviendo y muriendo como quiso vivir y morir, el camino mas contrario á la ambicion de pasar por Dios, jamás mostró esta ambicion. Como tenia dos naturalezas distintas en la unidad de su Persona, tenia tambien dos títulos: el de *Hijo de Dios* y el de *Hijo del Hombre*. Siendo su título de nacimiento eterno y el título de su misma Persona el de Hijo de Dios, hubiera debido al parecer, preceder al de Hijo del hombre que era su título de humillacion. Pues no fue así. Antes fue este último título el que preferia y ponia siempre delante. Aspiraba á descender y á ocultar su divinidad. Cuando era hostigado por los Judíos pidiéndole la esplicacion del misterio de su ser,

(1) Conversacion de Napoleon con el general Bertrand.